



# EL TERCER TESTAMENTO

BEATRIZ GÓMEZ

EDICIONES  
ALTERNATIVAS





# EL TERCER TESTAMENTO

BEATRIZ GÓMEZ MAGDALENA

EDICIONES  
ALTERNATIVAS



***El Tercer Testamento***

*Beatriz Gómez Magdalena*

Primera Edición: Octubre 2010

© Beatriz Gómez Magdalena

© Ediciones Alternativas (para esta edición)

Edita e imprime:

**Ediciones Alternativas**

Avda. de La Constitución nº3

CP 38789 – Puntagorda (Isla de La Palma)

Telf. y Fax: 922 49 34 51

Mail: [info@edicionesalternativas.es](mailto:info@edicionesalternativas.es)

[www.edicionesalternativas.es](http://www.edicionesalternativas.es)

Depósito Legal: TF-1989-2010

ISBN: 84-96681-43-2

ISBN 13: 978-84-96681-43-9

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. El editor no comparte necesariamente las opiniones, criterios..., expresados en las páginas de este libro por los autores.

# EL TERCER TESTAMENTO

BEATRIZ GÓMEZ MAGDALENA



*A mi amigo Félix Hormiga,  
escritor, editor y gestor cultural  
del Cabildo de Lanzarote,  
por su dedicación y apoyo  
con este libro.*





Este libro fue pensado por Iván José y escrito por Beatriz, con la finalidad de dar a conocer los momentos por los que están pasando muchas personas a inicio del siglo XXI, inmersos en una crisis mundial que afecta a toda la humanidad, aunque esto no parece afectarle a Cristo y Esmeralda, que son los protagonistas de esta linda historia.



## PRÓLOGO

Tiendo a pensar que todos alguna vez en la vida nos hemos sentido invadidos de nostalgia y, tal vez por ello, hemos tenido la necesidad de sentarnos a escribir. De esta manera comenzó mi adicción por la escritura. El amor, el desamor, las penas y las alegrías han sido la fuente de mi inspiración. Un buen día decidí aventurarme un poco más allá, de esta manera surgió “Por casualidad”, un relato corto entendible para cualquier lector y con una historia plagada de casualidades, como su propio nombre indica.

Esto de la literatura es un vicio confesable y saludable para el que escoja el camino de practicarlo. Para mí se trata de una afición maravillosa, crear me hace crecer como persona y desata en mí un interés mayor por todo aquello que sea susceptible a convertirse en una nueva historia.

Esta adicción por crear me hizo llegar hasta aquí, trayéndoles este nuevo trabajo: “El Tercer Testamento”. La contestación al reto personal de crear una novela, lo que siempre he considerado como un trabajo de mayor calado que lo realizado con anterioridad.

Esta historia tiene su origen en una idea de mi buen amigo Iván José Camacho Freites. Era un proyecto que tenía en mente como urdimbre para realizar un corto y estuvo insistiendo para que yo lo retomara desde la

escritura. Necesitaba una escritora que desarrollara su extraordinaria idea. Me pareció una idea fantástica y no pude negarme, así que, pese a mis dudas iniciales, terminé aceptando encantada su proposición.

Focalizamos la historia en nuestra isla natal, La Palma, y nuestro escenario principal fue un lugar misterioso y místico, conocido por todos los palmeros: “La casa de Tacande”.

En este libro se refleja una multitud de factores que afecta día a día a toda la humanidad (crisis, abusos, vicios, etc.).

En él vemos también el importante papel que desempeña la mujer en la actualidad en el mundo, juzgamos un poco a Dios Padre por haber permitido que el Mesías enviado para salvar el mundo fuese hombre y no mujer. Y aclamamos la libertad de expresión de todo ser humano independientemente de razas, culturas o religiones.

Esta historia esconde muchos mensajes y creo que es un libro con el que mucha gente puede sentirse completamente identificada.

En algunas ocasiones se habla en tercera persona porque quisimos añadirle a esta historia un narrador omnisciente, un narrador que lo sabe todo acerca del espacio y los personajes, conoce la totalidad de la trama, cómo piensan y cómo sienten los personajes.

Esta historia, amigos, navega entre la felicidad y la tristeza; entre la duda y la certeza; entre lo que somos y lo que los otros deciden qué seamos. Es en definitiva una historia que habla del ser humano con todos sus condicionantes.

B.G.

## EL TERCER TESTAMENTO

“Y el que tenga que venir vendrá,  
será su reino la Tierra y juzgará  
a vivos y a muertos,  
a los que andan y a los que esperan,  
a los que sangran  
y a los que sin voz sonrían.  
Sus manos cubrirán de azufre  
y cenizas a los pecadores;  
pocos serán los salvados,  
pues el pecado ha cosechado  
sin contención”.



HECHOS ACAECIDOS A  
PRINCIPIOS DEL SIGLO  
XIX





Mil ochocientos tres, septiembre dieciocho, tres y cuarto de la tarde Tacande, ciudad del Paso (isla de La Palma). Canary Islands.

Reinado de Carlos IV, España es atravesada por una crisis de subsistencia donde predominan las hambrunas generalizadas que elevan cuantiosamente la mortalidad.

Una tarde más, sentada en la vieja silla de madera de roble que estaba junto a las nueve vasijas de barro que ocupaban una cuarta parte de la habitación, Isabel trabajaba en el paño que había prometido bordar para la feria del pueblo.

En aquel entonces cada año se celebraba un importante acontecimiento, la gran feria de bordados, y todos los pueblerinos de aquel humilde lugar donaban sus trabajos, que elaboraban con gran ahínco para después ser vendidos en aquella hermosa conmemoración. Otro día más sola y aturdida, su marido rara vez la acompañaba y aunque allí se encontraba Esmeralda, su hija de tan solo trece años, en aquel pequeño hogar la soledad barnizaba tristemente las paredes.

Esmeralda, que era muy inocente, benévola y sana, se ocupaba en vagabundear de un lado para otro en busca de algo que le llamara la atención, algo que diera sentido al paso del tiempo.

Aquella tarde, cuando el reloj marcaba las tres y treinta horas, Carlos destrancaba la vieja cerradura de aquella dura puerta, entró lentamente en la oscura habitación donde Isabel terminaba de bordar su laborioso paño y se

dirigió a ella en un tono algo incisivo. Al principio, Isabel, miró a su marido un tanto desconcertada.

- Isabel me marchó, os dejó, me voy de vuestro lado, quiero un mejor vivir para mí, no deseo pasar hambre ni penurias y aquí, atado a ustedes, moriré de hambre.

Isabel flaquea por unos instantes, no daba crédito a lo que escuchaba, sus ojos se abrieron hasta dolerle. Su marido buscaba apostar a hacerle daño con aquella decisión dicha con rabia, como si ella y la niña fueran culpables de la situación de miseria por la que pasaban. ¡Qué manera más soberbia de actuar, la de aquel hombre!

Las dejaba expuesta a la penuria absoluta y él buscaba salvarse, ir al encuentro de una mejor vida, qué clase de persona más horrible era aquel hombre. Cómo era capaz de abandonarlas a ella y a la hija que llevaba su río de sangre.

-¡No puedes marcharte de nuestro lado!, le gritó llorando desconsoladamente, consciente de que se quedaban solas en un mundo sin oportunidades, expuestas probablemente a la muerte.

Esmeralda observaba la dramática escena desde una esquina de la mugrienta habitación; presa de la angustia, perpleja y atónita era incapaz de decir palabra y casi se le había huido del cuerpo la respiración, su tez, de naturaleza blanca, volvióse más blanca aún y sus delicadas manos temblaban tratando de eclipsar su rostro del comportamiento abominable de su padre.

-Me iré y tú ni nadie podrá evitarlo.

-¡No!, grito una vez más Isabel y se abalanzó a los brazos de su marido. Él, desprendiéndose de ella la empujó fuertemente sin importar le lo más mínimo la presencia de la pobre Esmeralda que asustada contemplaba todo con la mirada trastornada por el dolor.

El cuerpo de Isabel golpeó violentamente contra el suelo, se oyó el quebrar de su cabeza y de manera inmediata manó la sangre, una riada roja inundando los estériles campos de la mísera habitación.

Los dulces ojos de Esmeralda se nublaban y comenzó una lluvia sin contención a bajar por su fino rostro. Un millar de sensaciones se agolpó contra ella, como la ola que rompe contra las rocas y sale herida. Su madre había fallecido en el acto, se le había apagado la vida; su padre se había convertido en un despreciable asesino, había roto el pálpito de aquella que le había dado el ser, la que le arrullaba el sueño, la amorosa piel que la acariciaba y depositaba en ella las más bellas palabras y ella no entendía nada, no encontraba explicación a lo sucedido, como una criatura perdida en medio de una tormenta solo alcanzó a decir

-Por favor papa, no te vayas.

Pero Carlos no iba a renunciar a su plan de boda con la hija única y enfermiza del Cacique, ni al bienestar que le deparaba el rico terrateniente, esas magníficas expectativas no se irían al traste por el amor a su hija Esmeralda, ni por el amor a nadie. Era un ser rayano en la bestialidad, miserable, oscuro, nefasto, invadido por la soberbia más absoluta.

Carlos consideraba que había pasado demasiadas penurias y no se conformaba con el amor de su hija o de cualquier otra persona, quería salir de su ciénaga y si era necesario renunciar al amor o la cordura lo haría sin vacilación. Miró a su hija y como si una función orgánica le empujara una lágrima la gota salina creció en su ojo y bajó por la mejilla y fue como si le quemara pues con un gesto veloz con el dorso de la mano la hizo desaparecer, como quien borra la conciencia. Luego salió de la habi-

tación. A la niña solo le quedó la imagen de él ocultando la luz en el umbral de la puerta. En el suelo, tal vez aún cálido, el cadáver de Isabel parecía seguir pidiendo explicación.

Esmeralda, rota de dolor y abandonada por su padre, sola en el mundo, se sumergió en su propia debilidad, no tenía ni reconocía en ella fuerzas suficientes para dar un paso. Nada tenía sentido, se habían borrado de su mente los puntos cardinales, no había dirección posible. Se abrazó a su madre, el tiempo fue ajando la luz, pasaron no se sabe cuántos días y ella no abandonó el abrazo, pegada al cuerpo ya vacío de su madre murió, su débil corazón no tuvo fuerza para empujar el río púrpura a través de su cuerpo.

A la semana siguiente de encontrar el cadáver, no dejaron los pueblerinos de comentar el extraño y sorprendente suceso. Unos decían que la niña había muerto de hambre, otros, que había muerto de sed. La niña no murió ni de hambre, ni de sed. La joven, os aseguro, murió de tristeza.

HECHOS ACAECIDOS EN  
EL REINO DE LOS CIELOS



El día en que murió Esmeralda, en el Reino de los Cielos se originó un gran tumulto, debido a que si aquí en la Tierra estaba la niña muerta, allá en el Cielo podría suponer la primera mujer que podía estar viva como humana por las circunstancias que más adelante os iré explicando.

En el Reino de los Cielos, Esmeralda no pasaba inadvertida, por primera vez desde el comienzo del universo, había llegado la Reina de Dios. Un corazón puro, sin mácula, una niña del calibre de Jesucristo, el Mesías. Para que me entiendan, la niña, por las circunstancias de su muerte, merecía sin más coronarse como Reina junto a Jesucristo.

Para la Tierra supondría un enorme cambio social, político y económico en el que tanto el hombre como la mujer o viceversa gobernarían y serían gobernados juntos, volviendo a los tiempos de placer de Adán y Eva. Y un enorme avance respecto a la igualdad entre hombres y mujeres.

Pero para Dios, en cambio, significó algo totalmente distinto, ya que lo sucedido a Esmeralda en la Tierra la designaba como la primera mujer que pasaría al Reino de los Cielos a mandar junto a su hijo Jesucristo. Y Dios no encontraba a la humanidad del siglo XIX lo suficientemente preparada para ser capaz de vivir en armonía e igualdad.

Por primera vez una hija suya se encontraba en las puertas del Reino de los Cielos, desnuda, como él la ha-



bía traído al mundo, llorando y sin entender nada. Jamás persona alguna había llegado a las puertas de San Pedro y ante él en las mismas circunstancias que esta muchacha.

Quizá no se trataba de pura casualidad.

Quizá es que se acercaba ya el tiempo de la plena igualdad entre hombres y mujeres para la civilización humana, pensaba Dios.

Pero para Esmeralda fue más sencillo. Para ella, la causa de su muerte sucedió porque entre el amor que le daba su madre o el huir que le daba su padre eligió lo primero en un acto de amor sin comparación, aun con la terrible consecuencia de perder la vida. En cambio, para el todo poderoso Dios, el hecho de morir por amor, del mismo modo en que lo hizo su único hijo Jesucristo en la Tierra, le supuso un inconveniente, ya que lo comprometía del todo.

Figuraos: Para Dios, una mujer que él había creado del costado de un hombre, se encontraba ahora desempeñando en el Reino de los Cielos, las mismas funciones que él mismo y que Jesucristo. Cuando a lo largo de la historia, la humanidad, siempre han estado situada a la sombra de las divinidades.

El Señor pensaba que de pronto una mujer como Esmeralda tenía todas las virtudes para ser una Mesías en El Reino de los Cielos y desempeñar todas las funciones como Jesucristo en la Tierra. Y le preocupaba que tal cosa pudiera suceder antes de que volviera Jesucristo a la Tierra, para la salvación de vivos y muertos.

En realidad Dios era un realista y no veía con buenos ojos a Esmeralda como ejemplo y menos aún como la salvadora de nadie aquí en la Tierra. Y no por la simple razón de que Dios fuera varón y Esmeralda mujer.

Él era consciente del importante papel que ha jugado la mujer en las épocas en las que existía mucha hambre y miserias. Sin embargo, y pese a su entrega, la mujer no se miraba como un ser fisiológico igual al hombre, con las mismas inquietudes y necesidades.

La mujer, en la época de Esmeralda, se catalogaba en general como un animal, un animal de satisfacción sexual al servicio del hombre, en una sociedad donde no podía tomar decisiones sin consentimiento del marido o la autorización de los padres. Sin ninguna opción a replicar o a exigir sus derechos, destinadas o condenadas al silencio, amordazadas y apresadas en sus casas.

Y entre tanto machismo, la buena y dulce Esmeralda llorando sin entender nada de lo que sucedía. ¿Qué margen de movilidad tendría la pobre Esmeralda en una sociedad así? Sería destruida en un abrir y cerrar de ojos, pensaba Dios. En una sociedad así el primer día sería comida por cualquier hombre que se empeñe.

A una chica con las ideas de Dios la engañarían y harían de ella, nunca mejor dicho todo un Cristo y no precisamente me fijo en la primera acepción. Lo mejor para ella, pensó Dios, era la de dejarla morir. Sin darle una oportunidad para tener vida en la que pudiera merecer. Y es que sus niños, como cariñosamente le gustaba llamar a él, refiriéndose con ése apelativo a los que aquí en la Tierra conocemos como los mal paridos, estrellados o desheredados, (el grupo en el que se encontraba Esmeralda), no le ocasionaban ningún problema a la hora de juzgarlos. En su mayoría al verse solos, en una época que no existían prestaciones sociales ni nada, huían del miedo y del hambre antes que morir. No actuaban como la valerosa Esmeralda. Y cuando se encontraban en las mismas circunstancias que ésta, salían de la casa dejando

a su madre muerta sola. Para luego, pasado un tiempo y al verse sin nada, delinquían, robaban, se prostituían o en los peores de los casos hasta asesinaban. Todo buscando una sencilla y simple salida: sobrevivir.

## EL JUICIO DEL SEÑOR

Entonces el todo poderoso Dios para solucionar éste problema reunió a su Corte Celestial y celebró un Juicio Preliminar.

Para que todos nos entendamos el Juicio Preliminar no era otro que el del final de los tiempos. Cuando Jesucristo resucitará en la Tierra entre los muertos y los vivos. Llevará con él a vivos y muertos dependiendo de sus delitos aquí en la Tierra o lo que decidiera Dios en dicho Juicio. Llevará con él al cielo a los buenos y dejará deambulando en los infiernos a los malos”.

Como dato conviene señalar que hasta el día de hoy nadie había pasado este juicio como bueno. Y que a este ritmo, cuando volviera Jesucristo a la Tierra a salvar a vivos y muertos se encontraría con una humanidad totalmente perdida deambulando por los infiernos.

A no ser, claro, que su único hijo, Jesucristo, Cuando volviera a la Tierra, a intentar salvarnos de nuevo, la humanidad lo reconociera como una persona buena y digna de ser imitada y elogiada. Solo así se salvaría toda la gente, ascendientes y descendientes, o sea todos serían dados como buenos ya que Dios los perdonaría, entendiéndolo que habían aprendido el verdadero mensaje.

Pero eso lo veremos más adelante, ahora, si lo permitís, vayamos al grano.

Comienza el Juicio. Todos los discípulos celestiales, ángeles y arcángeles de Dios, como nunca antes reuni-

dos. Máxima expectación debido a que era la muerte de la niña en la Tierra y la vida en el reino de los cielos de una posible candidata y la segunda de a bordo humana después de Cristo, merecedora de pertenecer al Reino de Dios.

Todo ello lo iba a lograr si Dios se decidiera por ella, a diferencia del resto de la humanidad, directamente y sin esperas debido a las especiales circunstancias que padece la niña. Y, aún más: sin tener que aguardar a la bajada del hijo de Dios a los finales de los tiempos.

Por un lado gritaban unos discípulos de Dios: Ella es buena, ¡morir por amor le honra, debería de entrar al Reino de los Cielos! Otros discípulos gritaban: ¡No, ella es mala y además egoísta!, el haberse comportado en similares situaciones de diferente manera a los demás hombres pecadores ha sido solo para aparecer ante nosotros como una víctima. Así que, ¡para el infierno!

Después de muchos debates sin llegar a ninguna conclusión, Dios se encuentra desbordado. Nunca se había enfrentado a un caso tan singular. Y es que Dios no paraba de preguntarse, mirándola muy fijamente, ¿por qué esa hermosa niña, no ha hecho como los demás seres humanos, cobardes y huidizos? El caso es que contrariamente a los juzgados con anterioridad, que habían ocupado la misma silla de acusados, ahora se sentaba una niña que era todo inocencia, con su rostro perlado de lágrimas.

Por qué, se preguntaba Dios, esta niña no tuvo miedo de sí misma, ni de su propia muerte. ¿Por qué no escapó de la difícil situación siendo mala, como el resto de los mortales?

Por primera vez desde la creación del Universo, el creador se encontraba enfurecido. Y es que la niña esta-

ba llena de verdad. Y cuando alguien hace las cosas todas bien, molesta y en este caso a Dios también.

Habría sido más fácil si ella hubiera pecado, aunque solo fuera un poco o por una necesidad monstruosa, decía Dios, pues así tendría justificación para enviarla al infierno. Pero ahora se sentía desafiado ante la bondad de la niña, un ser nacido del costado del hombre que miraba perpleja ante lo que sucedía a su alrededor, los ojos rayados en lágrimas destacaban aún más la finura y belleza de su rostro y bien parecía que en él se daban cita en ese sublime momento las virtudes de la humanidad.

En definitiva, al Dios todo poderoso, el caso de Esmeralda le quedaba muy grande. La situación estaba volviéndose totalmente ilógica: la única hija buena que había tenido Dios en la Tierra, en mil ochocientos años y en un pispás, acaba con ella, premiándola con una angustiosa muerte, con la sed y el hambre señoreándose de su cuerpo tan pleno de inocencia. ¡Qué vergüenza! ¡Qué Dios sería este! ¡Qué ejemplo para toda la humanidad y para su hijo Jesucristo! ¡Cómo justificará el hecho de dejar a sus siervas abandonadas!

Pero todos sabemos que Dios no abandona a ninguno de sus hijos. Así que, puso en Esmeralda, quizá sin darse cuenta, no lo sé, ya que quien os habla es un servidor del mismo, la guinda que adornaría la Historia de la Humanidad. Y es que más adelante, a medida de que sigáis leyendo, tendréis momento de opinar.

Lo que esta niña hizo, pensó Dios, está de merecer.

Segundos más tarde Dios había dispuesto el destino de la niña. Se trataba de una estrategia para ganar tiempo y poder perfeccionar los planes acerca de la niña y, sobre todo, ante su duda de dejar a Esmeralda pasar al Reino de los Cielos por no haber hecho nada malo y por

no haber hecho nada bueno.

-¡Ya sé lo que es mejor para esta niña! ¡La mandaré al infierno!

Dios conocía muy bien a Satán, ya que era una creación suya. Se trataba del hombre más malvado que había tenido nunca antes la Tierra. Satán nunca permitiría que a la inocente niña le hicieran ningún daño y más aún cuando ésta le dijera que la echó Dios del cielo y que la había enviado para que en el infierno la cuidaran.

La cosa se pondría aún peor cuando Esmeralda dijera al Demonio que fue castigada por no ser ni mala ni buena. Si algo molestaba en el infierno eran las personas que siempre se mostraban íntegras.

Dios sabía qué cosas incomodaban al maligno. Por eso le dijo a la niña que cuando llegara al infierno hablara de su delito.

Además la verdadera intención de Dios no era otra sino la de despistar a la niña. Y vaya que sí lo consiguió.

La niña estaría bien resguardada, Dios estaba definiendo su jubilación y quería lo mejor para la niña y para su hijo.

En el infierno continuamente se originaban cambios políticos de los Demonios Jefes. Cada vez que llegaba un nuevo y terrible malvado se hacía con el poder, los méritos estaban claros: ser el peor de todos. Y desde que se proclamaba como Diablo Jefe mandaba a llamar a Esmeralda, pues era la elegida para ser Reina de las Reinas.

En esos momentos y desde 1584 el infierno lo regentaba Iván el Terrible de Rusia. Y si se están preguntando por qué no lo regentaba Hitler, no sería porque no tuviera méritos, pese al desgaste de popularidad que le causó sus acusaciones y ataques al resto del planeta, sen-

cillamente no lo regentaba porque aún no había nacido. Lo digo porque mucha gente tiende a mezclar todas las cosas del pasado y se les va la olla con facilidad. Está claro, por otro lado, que ahora mismito estará en el infierno y con toda seguridad ostentará alguna dirección general o cualquier otro alto cargo.

Y es que el infierno funciona de manera similar a la justicia en España, que aunque muchas personas no entendamos el veredicto de sus sentencias, nos tenemos que aguantar, porque al igual que en el infierno o el cielo la justicia española tiene sus enigmáticos y muy propios métodos procesales a la hora de sentenciar.

Más adelante veréis, que quien gobernará el infierno será el Padre de Esmeralda invalidando a Iván el Terrible. Gracia que obtuvo por la sencilla y estratégica razón de que en el infierno se enteraron de las pretensiones por parte de Dios hacia la hija del abominable asesino. Y, más que nada, para chincar al Reino de los Cielos, en el Infierno eligieron por unanimidad al padre de Esmeralda.

En el Reino de los Cielos, algo más estable, sucedía todo lo contrario que en el Infierno, gobernaba siempre el mismo: Dios. A la espera de que el Señor permitiera que su único hijo, Jesucristo, reinara junto a él al final de la humanidad. Ese día se produciría, con la nueva muerte de Jesucristo en la Tierra, un hecho que estaba por llegar y que supondría la salvación de los vivos buenos y sus fallecidos progenitores.

Pasado el tercer día de la muerte de Esmeralda, Dios se pronunció: Hija mía después de muchas deliberaciones por parte de la Corte Celestial y la mía propia, hemos conjuntamente decidido que lo mejor para ti será que te enviemos al infierno.

Y Esmeralda, que en ningún momento de todas las circunstancias que estaban ocurriendo a su alrededor se asombraba, y ni siquiera exclamaba extrañeza en sus lindos ojos, rápidamente y sin rechistar se dirigió hacia los infiernos.





HECHOS ACAECIDOS EN  
EL INFIERNO



Mientras van del cielo a las tinieblas, muchos espíritus optan por escapar. Son los que conocemos vulgarmente como fantasmas. Y que andan deambulando en la Tierra, entre nosotros, de aquí para acá y de acá para allá

Pero no, como era de esperar Esmeralda no actuó así. Yo mismo no alcanzo a concebir porqué no lo hizo, con lo divertido que es andar de aquí para allá, viajando, conociendo gente. Pues no, ella, como buena hija de Dios, se limitó a obedecer e ir al infierno. Allí se encontraría con Satán, Rey de los Demonios.

¡Tun, Tun!

Golpea, tímidamente, Esmeralda en la puerta del Infierno. Satán contesta con voz ronca, endemoniada y de muy mal humor:

-¿Quién osa tocar a mi puerta?

Esmeralda contesta con voz bajita e infantil:

- Satán soy yo, Esmeralda.

Satán, con voz ronca y baja, replica:

-¡Oh, un alma joven! ¡Qué bien lo voy a pasar!, y entre grotescas risotadas abrió la puerta para recibir a quien tocaba. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando estuvo frente a Esmeralda. Aquellos lindos ojitos, aquella linda tez clara, aquel pelito rubio y, sobre todo, el conjunto de signos o señales que cualquiera reconocería, con una sola mirada, como la inocencia...

No tardó el demonio en darse cuenta que no era como todos y todas las demás personas que habían habitado

antes la Tierra y menos aún como aquellos desalmados que habían tocado en su puerta. Y supo que aquella asustadiza adolescente no había cometido nada malo para estar en el infierno.

Entonces, Satán, que siempre tomaba todas las decisiones sin avisar antes a nadie, se quedó cavilando y no pudo más que exclamar:

-¡Menudo problema me ha mandado el sinvergüenza de Dios! Me ha dado nada más ni menos que un alma pura sin virtud ni pecado. ¿Qué hago yo con este caso de niña que no alcanzo a comprender cómo ha llegado hasta mi ardiente puerta?

Y sus cavilaciones siguieron avanzando: “Si admito a esta niña en el infierno, con todas las atrocidades que hacemos sin descanso, pasará su inocencia ante todos y nos sentiremos muy incómodos con su mirada asustada y su alma tan pura. Nos sentiremos observado ¡qué vergüenza!, paseando ante nosotros alguien que no ha hecho nada malo... ni nada bueno, ¡qué mal rollo!, ¡qué mal ejemplo para todos esta niña tan íntegra!

-Ya sé lo que dirá una vez dentro, aquí con nosotros -piensa malhumorado-, lo sé como si lo estuviera viendo, dirá que somos peores que Dios y su maldito cielo, y acto seguido de su boca surgió un horroroso estruendo que se materializó en la Tierra con una gran tormenta que provocó miles muertos, debido a las lluvias torrenciales y las inundaciones.

-Por nada en el mundo debo permitir que eso ocurra.

Entonces el demonio de Satán, nunca mejor dicho, se dirigió a la niña y le dijo con muy buenas palabras:

-Hija mía, después de muchas deliberaciones con mis amigos, los demonios, hemos decidido, tristemente, que tu lugar no se encuentra aquí en el infierno.

Esmeralda, que se siente rechazada por todos, llora sin consuelos.

Satán, entristecido, por ver un alma tan pura como nunca había visto en toda su vida y mucho menos en un lugar tan aterrador como las puertas del infierno, termina diciendo a la niña: Lo siento mi niña este no es un lugar para ti. Eres inaceptable.

Esmeralda, como siempre era natural en ella, sin mediar palabra obedeció al Diablo y con algunas lagrimillas por no encontrar un Dios bueno ni a un Satán malo buscó en su mente un lugar a donde dirigirse. No conocía muchos sitios, realmente solo tenía memoria de su lugar de nacimiento y el de su muerte, que también era el lugar donde se había iniciado tanto jaleo, por tanto hacia allí se dirigió.

Una vez llegada a Tacande se puso a esperar, y esperó, esperó, hasta lo que todos conocemos como el día de hoy (año dos mil nueve).

Como anécdota debo contarles que el padre de Esmeralda heredó la Casa de Tacande donde se alojaba el alma de la niña.

Cada cosa tiene su historia. Después de matar a su mujer, Carlos, el padre de Esmeralda, contrajo matrimonio con la hija única y enfermiza del dueño, un cacique que gobernaba tierra y gente con mano de hierro. El viejo dueño al morir dejó a la muchacha toda su herencia. La heredera pronto dejó viudo y sin descendencia al ambicioso asesino que pasó a señorear en su tierra y fortuna.

Ya viejo y solo, a las puertas de rendir cuentas a Dios, sin hijos a quien transmitir sus propiedades, el malvado Carlos, acosado por terrible y convulsas pesadillas que le traían imágenes de su primera mujer muerta por sus manos y su pequeña hija abandonada, decidió vender todas

sus propiedades, excepto la Casa de Tacande. Allí vivió, como en inútil penitencia, sus últimos años. Allí escondió el fruto de sus ventas, un gran número de lingotes de oro. Murió, solo, perseguido por terribles alucinaciones. La agonía dejó su cuerpo trastornado, el rostro con una horrenda mueca de dolor y los ojos desorbitados, en la misma habitación donde años antes había abandonado a su hija y matado a su mujer. Lo más curioso de todo es que su tránsito doloroso hacia la muerte lo hizo a la vista del espíritu de su hija.

Sí, queridos compañeros, así lo recogen los escritos de esta mágica isla de La Palma.

A lo largo del tiempo la Casa pasa de mano en mano. La niña seguía allí, esperando y esperando. Esperando sin saber a qué o a quién.

Dios lo tenía todo preparado para ella. En la Casa de Tacande nadie la encontraría jamás. Y como era obediente se mantendría eternamente sin originar problema alguno.

Luego, en la bajada de Jesucristo, con su ingenuidad, inocencia y decencia que lo caracterizan ni siquiera se daría cuenta en el Juicio Final y metería a Esmeralda en el mismo saco que el de los pecadores.

De este modo, Dios, solucionaría el único problema que le había causado Esmeralda y con ello todo eso de la igualdad de género. Dios seguiría siendo hombre.

Mientras, la niña, ausente de todo que acabo de comentar, se disponía a mirar y observar. Durante incontables años, día tras día observaba lo que ocurría en aquella humilde casa, el hogar que había escuchado su llanto de nacimiento y su confuso llanto de muerte

Un caso gracioso de comentar es que en fechas cercanas a la finalización en España del Reinado de María

Cristina, unos inquilinos de la Casa de Tacande se dirigieron a la Iglesia, informando de la existencia en su casa de unos espíritus endemoniados. Ante tal aseveración el párroco del lugar, acompañado por un aprendiz y ayudante suyo de nombre Juanito, se puso en marcha hacia la Casa de Tacande.

Pertrechados de objetos sagrados y asperjando agua bendita por todos los rincones el cura mantuvo la calma hasta que de la nada surgió una voz cantarina que se oía en toda la casa y afuera, donde el tendedero, las sábanas no dejaban de moverse al son de la canción y los juegos de la invisible Esmeralda, marcándose en ellas la forma del cuerpo de la muchacha. El religioso y su ayudante no daban crédito a lo que sucedía, pero entendieron que algo fuera de lo terrenal se estaba manifestando ante ellos, así que se dispuso a exorcizar a los malos espíritus para que abandonaran el lugar.

Invocando a Dios dieron órdenes a los malignos para que abandonaran la casa y volvieran a su oscuro y repugnante reino.

Y, como ya conocéis la disposición para la obediencia de Esmeralda, diligentemente se dirigió de nuevo hacia la tenebrosa puerta del Infierno.

El padre de Esmeralda, que ya había llegado al Infierno, ocupando más que merecidamente, el lugar de Satán, se enojó muchísimo.

-¿Qué haces aquí?, le espetó con dureza.

La niña que no era consciente de que aquel demonio era su padre, atemorizada por su tono violento, contesta con voz infantil e inocente:

- Es que hay en mi casa un señor cura, que no para de hablar sobre Dios y sobre ti, con la traquina de que me vaya de la casa.



-¿Y que me importa eso a mí, Esmeralda?, contesta roncamente con el fin de que no lo descubra.

-Es que no para de decir una y otra vez que me venga aquí contigo, contesta la niña malhumorada por primera vez.

Satán, el padre de Esmeralda, enojado o puesto en mal lugar debido a que no le hace ninguna gracia que el sacerdote envíe a su hija junto a él a un lugar como el Infierno, de mal humor pero sin que la niña se diera cuenta le vuelve a enviar a su casa. A donde había muerto y ha estado siempre desde que nació.

-Anda, vete y no te preocupes mi niña, de ese sacerdote ya me encargo de que nunca más te moleste, hija mía.

Esmeralda, mientras marchaba obedientemente, comenzaba a sospechar, que el demonio era Carlos, su padre, pues ese “hija mía” le resultaba, pese a todo, muy familiar.

Pero como a Dios, que todo lo sabe y conoce y nada se le esconde, le gustaba reprochar a los malos su maldad. Por eso había diseñado hábilmente el destino de Esmeralda, haciendo que la viera su padre. La idea de Dios es que el Diablo aprendiera que los siervos de Dios no se abandonan por parte de sus padres.

El malvado progenitor que ahora hacía de Diablo quedó condenado además a no poder hacer nada por recuperar a su hija.

El sacerdote, mientras se dirigía hacia su iglesia, se encontró sin iglesia y sin huertas, hallándose exclusivamente con lo puesto. A Esmeralda nunca más volvieron a molestarla. Y es que justo en esos días tuvo lugar en España, y por supuesto también en el lugar donde transcurre la historia que les cuento, la bonita isla de La

Palma, la abolición inmediata del diezmo, la desamortización definitiva de los bienes del clero y las propiedades de la Iglesia, por parte y orden desde Madrid del Regente del Reino, el General, Baldomero Espartero.

Esmeralda, vuelta a su casa, vertía una pequeña pero, para ella, muy valiosa lagrima, preguntándose si aquel demonio sería su padre, por como pronunció “hija mía”. Las dos palabras daban salto en su cabeza y la emocionaban.



HECHOS ACAECIDOS EN  
EL SIGLO XX LA LLE-  
GADA A LA TIERRA DEL  
HIJO DE DIOS



El General Franco ordena una hora y media antes de la venida del Hijo de todo poderoso Dios, a las diez y media de la mañana, para ser exacto, las ejecuciones de unos terroristas que habían atentado contra su “legítimo” gobierno. Produciéndose así la última ejecución y atentado durante miles de años, hacia el Derecho a la Vida, realizado por el Estado Español hacia uno de sus conciudadanos.

Veinte y siete de septiembre de mil novecientos setenta y cinco, doce de la mañana, Los Llanos de Aridane. Clínica situada frente a la Iglesia. Conocida por todos en el municipio como la Clínica de don Adelto.

Dios envía a su único hijo a la Tierra para salvar allí a la gente que ha sido buena. Cristo no es consciente de que es el Mesías. Se dedica básicamente a vivir como cualquier hombre. Pero, a diferencia de los demás, él no entiende de dinero, ni de popularidad, ni de belleza. Se limita a vivir en armonía con el medio, sea éste natural o artificial.

## DOMINGO DE RAMOS

Diez de la mañana, cuatro de abril de 2009. Barrio de Argual. Municipio de Los Llanos de Aridane. Isla de La Palma (Canary Islands). España se encuentra bajo una Monarquía Parlamentaria bajo el reinado de Juan Carlos I, que fue el sucesor nombrado por el general Franco para la Jefatura del Estado. Este rey, de nombre

Juan Carlos de Borbón y Borbón-Dos Sicilias, reanudó la dinastía histórica cuando su padre, el legítimo sucesor a la corona de España, D. Juan de Borbón y Battenberg, renuncia en 1977 a sus derechos dinásticos y a la Jefatura de la Casa Real.

Queda apenas una semana para el inicio del declive de la raza humana. Cristo se levanta y se dirige, como todas las mañanas, a su ordenador; entre las miles de oferta que se cuelan en internet aprecia el anuncio para una excursión.

-Sí, dígame.

-¿Señorita le queda alguna plaza libre para la excursión?

-¿Con quién tengo el gusto de hablar?

-Bueno, soy un muchacho de aquí, del barrio de Argual. Tengo bastante interés en la excursión que usted anuncia en internet. Desearía saber también las condiciones, ya sabe, cuánto cuesta y el itinerario que cubre.

-El precio es de sesenta euros y, realmente, solo nos queda una plaza libre; ¿estaría usted interesado en ocuparla? ¿Desea que se la reserve?

-¿Tanto...?, pregunta Cristo, con dudas, debido a su precaria economía.

-Mire usted, la excursión, además de ir a visitar la Casa de Tacande, incluye el autobús, el almuerzo y un pequeño aperitivo como cena.

-Vale, si es así, me parece justo el precio; ¿adónde tengo que dirigirme?

-A la estación de autobuses de Los Llanos de Aridane. Debe darse prisa porque estamos a punto de salir, podríamos decir que estamos a su espera.

-Como ya le dije vivo aquí cerca, en Argual, un segundo y llego hasta ahí, ¡no partan sin mí, por favor! Estoy

muy interesado en visitar ese lugar.

-Bueno, si está cerca no hay mayor problema, dispone de un cuarto de hora, procure, sin embargo, no entretenerse por el camino, no se retrase, porque entonces no podrás realizar este viaje con nosotros.

-De acuerdo me daré prisa, ¡hasta ahora!

-¡Hasta ahora, joven!

El chico estaba entusiasmado con el viaje, pronto haría realidad uno de sus sueños: visitar aquella histórica y misteriosa casa, tantas y tantas veces soñada.

Al cabo de unos minutos Cristo llegó a la estación. Avanzó unos pasos hasta alcanzar el grupo que haría la excursión. Eran todos jóvenes y miraron extrañados al chico, les sorprendía ver a un muchacho español, ya que el grupo estaba formado en su mayor parte por extranjeros, ingleses y alemanes en su mayoría. Los jóvenes palmeros, como Cristo, no tenían costumbres de compartir actividades con ellos. Cristo, la verdad, no tenía que ver ni con unos, los palmeros, ni con los otros, los foráneos. Él sencillamente se disponía a disfrutar del viaje sin pensar en ningún tipo de condiciones o afinidades.

Se inicia la excursión con una alegre cháchara entre los excursionistas. Conversan y bromean, cada uno en su lengua pero con ganas de ser entendidos. Cristo permanece distante, se limita a mirar a través del grueso cristal, que tiene a su costado. Contempla absorto el paisaje, con mirada apagada como estuviera viviendo los últimos días de su vida. Ausente de todo y de todos.

Por fin llegan al lugar señalado. Allí puede verse, entre hermosos paisajes tintados de diferentes tonos de verde, la casita con tanta historia.

Todos la contemplan fascinados el misterio que la rodea se apodera de cada uno de aquellos jóvenes excur-



sionistas, pero es Cristo quien exclama con verdadero énfasis: “¡Qué lugar tan sublime! Podría quedarme aquí el resto de mis días. ¡Esto es grandioso!”

Ya en la antigua casa, comienza la exploración, todos se encuentran fascinados por estar dentro de un sitio tan atractivo y a la par espeluznante, pero no sienten temor por nada, la presencia de Marianne, su guía, les da seguridad y lo hace todo muy cotidiano.

Cristo, muy observador, decide indagar un poco más aquel lugar tan gris. Y marcha solo a una de las viejas habitaciones de aquella escalofriante casa. En uno de los antiquísimos muebles que todavía se conservaban, aprecia una figura de ajedrez, un rey. Solo se le ocurre pensar que algún visitante lo dejó olvidado o, intencionadamente, para dar un mayor toque de misterio al entorno y a la leyenda. El rey y el aparador que tiene por tablero están cubiertos por una espesa capa de polvo. Cristo alza su dedo índice, para tocar la cruz que corona la figura del rey y, sin querer, la derriba, dejando al descubierto un pequeño círculo de madera limpia.

A Cristo no le da tiempo a nada más, en ese mismo instante Marianne lo llama a voces desde la puerta del autobús.

El chico queda azorado por segundos, sin saber qué hacer o qué decir. Lo único que tiene claro en su mente es que algún día volverá a ese mágico lugar, pues algo en aquella casa lo llama, lo insta a no abandonarla, se siente cómodo y realizado en aquella viejísima casa.

Mientras, Marianne comenta a su grupo de excursionistas en clave jocosa:

-No tiene remedio, es lo más parecido a un alma en pena.

Después de unos segundos y tras haber visto el gesto

que desde lejos le hacía Marianne, Cristo, abatido e incomprendido por la sociedad y por todos, baja su hermosa cabeza y se resigna a esperar lo que el destino le depare.

Ya estaba saliendo de la casa cuando el espíritu de Esmeralda que la ronda y que todo lo contempla, decide levantar la figura del rey. El muchacho observa asustado la escena y toma la decisión de obedecer las insistencias de la guía y partir de aquel misterioso lugar.

Dios manda a su único hijo a vengarse de los descendientes de las almas pérdidas que un día ya hace más de dos mil años dieron muerte a su hijo. En cambio, Cristo, más ajeno al dolor de la afrenta, en su primera llegada a la Tierra quería, sencillamente, hacer entrega de lo que para él no era más que una lección de convivencia y moral que, una vez aprendida, habilitaba a todos los humanos para llevarlos con él al Reino de los Cielos.

Pero, Cristo, comprueba desilusionado, que nadie en los dos mil años ha aprendido nada y que todo sigue igual, como si él nunca hubiera realizado el sacrificio de inmolarse, entregarse como cordero ritual, por los pecados de la humanidad.

Él es íntegro, no pretende nada de nadie, ni que nadie pretenda nada de él. Él solo busca corresponder a un cariño, a un sentimiento.

El muchacho no advierte en la isla, tanto por los lugareños como por los foráneos, más que desidia y menosprecio, lo que hace que se entristezca, porque nadie en los dos mil años ha entendido el mensaje del Señor.

Cristo, no tiene conciencia de ser el hijo del Señor, un príncipe aquí en la Tierra. El solo es consciente de sentirse atraído por la vieja casa y por tanto en él solo está despierto su interés por volver a visitarla. Creo, en

mi humilde pensar, que Cristo había sido enviado por Dios para ejemplarizar, acerca de cómo deben actuar y conducirse sus hijos en la Tierra. Y puede que Cristo deseaba o esperaba encontrarse con mucha gente como él, gente que había aprendido aquella lección de hace dos mil años, pero no halló nada de eso, sino una masa informe condicionada por el poder y la corrupción. Una masa que había devorado la capacidad del humano de pensar por sí mismo. Los humanos se movían por emociones prefabricadas e iban sin rumbos de un lado a otro. La parte humana de la sociedad estaba totalmente destrozada.

Tal vez por eso, de manera simbólica, allá en Tacande, tumbó la cruz que se encontraba en la cabeza de la ficha del rey, dando por sentado de que su viaje aquí en la Tierra había sido en vano y que no había nadie entre los vivos, ni entre los muertos, que mereciera ser salvado. Su tiempo en la Tierra, por tanto, sería muy breve.

Yo no estoy seguro de que esta crisis mundial sea el fin del mundo como prelude este libro, pero de lo que sí estoy seguro es de que con las tecnologías que disponemos cualquier persona con pocas nociones de física o química puede acabar contaminando el mundo.

Y de lo que también estoy seguro, es que si nosotros mismos no somos capaces de seguir prosperando en valores y principios similares a los de Cristo, para hacer prevalecer la paz frente a la guerra, nos veremos avocados hacia la destrucción del mundo. Estamos fácilmente condenados a seguir directrices del poder que nos entrega a los intereses oscuros de los dictadores que gobiernan con manos tenebrosas y no sienten ningún respeto por la vida de los demás. Podría hacer una enorme lista de locos con poder que han llevado a sus pueblos y al mundo

entero a la ruina y la destrucción, son las distintas reencarnaciones de la muerte, los jinetes del apocalipsis que van sembrando el terror y cosechando muertes. No conviene que olviden algunos de sus nombres, para no tener que repetir la negra historia: Adolf Hitler, José Stalin, Francisco Franco, Benito Mussolini, Augusto Pinochet y un vergonzoso y largo etc.

Bueno, dejemos ahora el pasado y concentrémonos en esta autentica historia que creo que es lo que nos interesa en este presente.

Esmeralda había visto a Cristo en la Casa de Tacande y me atrevería a decir que hasta se sintió atraída por él. Por qué, si no, iba a levantar aquella figura, llamando su atención. Lo que no cabe duda es que este encuentro dará mucho que hablar.

## MIÉRCOLES DE CENIZAS (LA RECESIÓN)

Diez de la mañana, ocho de abril de dos mil nueve. Municipio de Los Llanos de Aridane, barrio de Argual. Faltan solo dos días para la crucifixión, el Juicio Final y la exterminación de todo ser vivo, con la puesta en escena de la tercera guerra mundial.

Amanecía una mañana radiante y Cristo se disponía a levantarse pausadamente de la cama que le guarda el sueño cada noche. El día era espléndido y pintaba ser prometedor pero algo llenó de aburrimiento al muchacho. Eran los informativos de aquella mañana que no decían nada bueno, todo estaba fatal en el mundo, las desavenencias, las miserias, el hambre, las guerras, una autentica crisis mundial.

¿Qué estaba pasando en este mundo? El hijo del Todo Poderoso permanecía triste pero indiferente a la vez, na-

die podía saber qué le pasaba por la cabeza a aquel joven retraído.

Pasados unos instantes el timbre del teléfono sonaba incesantemente, Cristo se encontraba apagado sin ganas de correr a descolgar el auricular pero aquel ruidoso aparato no parecía tener la intención de parar.

-¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Cristo, derrotado ante la insistencia del aparato, acudió a descolgar el auricular, era una llamada del director del banco.

-¿Diga?

-Cristo, llevo días intentando dar con tu paradero pero me ha sido imposible localizarte, necesito que por favor pongas al corriente tu cuenta bancaria, hace meses que está en números rojos y los intereses son muy elevados.

El chico cogió aire y se dispuso a contestar.

-Escuche, señor director, le pido mil disculpas, usted sabe que siempre he sido un buen cliente y no he dejado nada por pagar, pero, actualmente le digo con toda mi honradez y humildad que ahora mismo no puedo hacer frente a mi deuda y no puedo pagar, ¡estoy desempleado!

-¡Escúcheme usted, joven, puedo entender su situación, pero esto, de una manera u otra, hay que solucionarlo! La cosa realmente pinta mal, sin embargo, algo se podrá hacer, digo yo, pasa por aquí lo antes posible, por favor, creo que tengo algo que puede venirte bien.

-Está bien señor director, iré por su oficina lo antes posible.

En el semblante del muchacho se reflejaba claramente la angustia que sentía, la imposibilidad para resolver sus problemas económicos la expresaba en su rostro. Resolver su situación dependía de la resolución de la terrible

crisis que azotaba al mundo actual.

El director, nada más colgar, hacía una nueva llamada.

-Buenos días Eucariote, ya he avisado al muchacho, lo conozco bien y se que vendrá en un abrir y cerrar de ojos, mi parte puede decirse que ya está hecha.

Eucariote para quien no lo conozca era un cargo público muy importante en el barrio.

Cristo, que se había levantado muy temprano de la cama, se dispuso a salir a la calle, quería solucionar cuanto antes sus problemas con el banco.

Su madre y el amigo de ésta se quedaron algo perplejos a ver al muchacho madrugar, pues estando desempleado no tenía ningún compromiso que lo obligara a salir tan temprano de la casa.

-¿Hijo, a dónde vas tan temprano?

-Por ahí mamá...

Su madre lo miró apenada y ladeó la cabeza de un lado hacia otro, su hermano asintió y mirando a su madre soltó: Es un caso perdido.

Cristo no hizo caso a ninguno de los miembros de aquella casa y salió dando un débil pero sonoro portazo. Retraído y despistado salió caminando por las aceras del barrio donde holgazaneaban día y noche los grandes malandrines. El carácter pacífico de Cristo y su sana apariencia, le habían traído problemas, ocasionando que todos se metieran con él, ya desde niño se dirigían a él como sí se tratase de un solitario.

Aquellos malandrines eran crueles con el pobre muchacho, detestaban el que fuera diferente a ellos. Le hubieran tratado mejor si fuera, como ellos, un bichejo más de aquel pueblo.

De entre todos los bichejos, había uno en especial, po-

dríamos decir que era el líder de los malandrines y que había odiado a Cristo de una manera descomunal. Sabiendo que el chico jamás había hecho nada malo a nadie, su mala conciencia no le permitía dejar de odiarlo, era, Cristo, demasiado noble para que lo dejara en paz.

Esa tarde deambulaba por allí, después de una larga noche de juerga y medio borracho comenzó a ofender con sus palabras al bueno de Cristo, él como solía hacer siempre no se inmutó, permaneció quieto unos instantes escuchando sus repugnantes insultos y no medió palabra.

La chica que acompañaba al jefe de malandrines le suplicó:

-Por favor, deja a Cristo ya en paz.

-Es que me cabrea que ni siquiera molestándolo se dé a respetar.

-Quizá la vida no le haya dado un lugar en el cuál colocarse y por el que luchar, terció la chica.

La joven tenía razón, sus palabras eran acertadas, ella también conocía a Cristo de siempre y nunca lo había visto poner a nadie en evidencias. En cambio a él siempre lo habían avasallado, manipulado, hasta el punto de haberlo considerado por todos un joven sin lugar. Vivía en el barrio pero no era tenido como tal, así aparecía como un ser desarraigado.

Después de la pintoresca y ofensiva situación ocurrida en el trayecto llega, al fin, a la sucursal bancaria. Una vez allí el director lo invita a pasar a su cómodo despacho. Le ofrece sentarse en una de las sillas de color morado que conjuntaban con el violeta claro que adornaba las paredes.

Cristo se acomodó en una de aquellas confortables sillas y se limitó a escuchar al señor director que lo miraba

con cara de pocos amigos, hasta el punto de intimidar al muchacho.

-Cristo, las cosas, como bien sabes, no andan muy bien y me veo en la obligación de exigirte que saldes tus deudas con esta entidad, le decía en un tono bastante preocupante, no parecía ser el mismo director que trató con él por teléfono, ni el que, unos minutos antes, lo había invitado amablemente a sentarse.

-Señor director, en estos instantes estoy en una situación de absoluta insolvencia, le dice preocupado el muchacho.

-Bueno, creo que puedo ayudarte a ganar algún dinero. Tengo un trabajito que te ayudará pagar rápidamente las deudas, y a continuación se limitó a darle la dirección a donde tenía que dirigirse el chico para concertar el trabajo.

Cristo llegó hasta el lugar y siguió las instrucciones de dirigirse al cuarto de la azotea. Allí lo esperaba Eucariote, ese era su sitio preferido para llevar a cabo sus actos sexuales. Eucariote estaba tumbado en un camastro, mientras Magdalena, ardiente y entregada le hacía placentemente una succulenta felación. Él reflejaba en su rostro el placer más descomunal del mundo, era un auténtico perverso y Magdalena siempre complacía gustosamente todos sus caprichos.

-¿Que es lo que tienes con este pobre muchacho?, preguntó la muchacha.

-Quiero verlo enterrado en la más absoluta miseria, tal como se merece.

-Este muchacho es buena gente, nunca se mete con nadie, exclama Magdalena con irritación.

-¡Pues por eso! ¡Por ser bueno, precisamente! Y tú termina tu trabajo que para eso te pago.



Acto seguido Eucariote llamó a Dalila, propietaria de una empresa cinematográfica.

-Te llamo para decirte que estén preparados para recibir al muchacho.

-De acuerdo, aquí le esperaremos con lo acordado.

Dalila se puso en marcha tras la llamada de Eucariote y llamó a Pedro, su encargado. Éste era su mano derecha, su hombre de confianza, pues durante año se ha desvelado por mantener a flote la empresa. Y, como encargado principal y fiel aliado de la propietaria, tenía que estar al tanto del nuevo fichaje.

## JUEVES SANTO (LA REGRESIÓN)

Canary Islands, isla de la Palma, Tazacorte, 10:00h de la mañana (Museo del Mojo Palmero), lugar de prácticas de la cinematográfica, propiedad de Dalila.

Junto a Cristo se encontraban once personas más, ocho eran nuevos agregados al trabajo de aquella cinematográfica y los demás: Dalila, su fiel encargado Pedro y un amigo de éste conocido como Judas.

Judas ya conocía de vista a Cristo. Sería el encargado, más adelante, de tentarlo ante Pedro y Dalila. Este hecho se produciría mediante un beso en la mejilla derecha.

Allí se encuentran todos con unos nervios asombrosos, todos tienen que venderse bien y convencer al estricto personal cinematográfico para poder conseguir un buen papel en el corto que querían realizar, el resto serían figurantes, solo el mejor se quedaría con el puesto de protagonista.

Después de mucho hablar y explicar los propósitos de su proyecto, Pedro le hace una dura entrevista a los aspirantes. Todos hablan sobre sí mismos, de sus sue-

ños y aspiraciones.

Cristo está muy nervioso, sabe que pronto llegará su turno y siempre ha sido una persona muy tímida, nada acostumbrada a hablar delante de tanto gentío, pero llegado el momento se sorprende de sí mismo y logra, además, sorprender a todos los concurrentes al peculiar casting. Dalila, Judas y Pedro, como si tuvieran acceso a información que los demás ignoraban, no parecían estar impresionados.

La fabulosa capacidad expresiva del muchacho despertaba en los demás una auténtica expectación, como si se tratara de quien realmente era: el verdadero Mesías.

-Queridos amigos, oyendo esta historia y la finalidad que tiene creo que un buen escenario para esta obra sería la Casa del Alma de Tacande, dijo Dalila.

Y el pobre muchacho se sintió eufórico con la propuesta y picó el anzuelo, ya que ignoraba que todo formaba parte de un plan que pretendía conseguir su desequilibrio emocional. Dalila, Judas y Pedro que eran despiadados, fingirían alzarlo a lo más alto, para luego dejarlo caer en picado y presentarlo como el más tonto de todos los tontos. Querían darle una mortificante lección, para que de una vez por todas dejara de ser tan crédulo y tan dócil y llegara a convertirse en una persona totalmente despiadada y soberbia. Ser, en definitiva, como ellos. Lograr cambiar la personalidad del muchacho era el plan diseñado, un juego macabro, un adiestramiento desalmado con el propósito de matar en el muchacho la pureza de su alma.

Los tres encartados eran así de deshonestos e hipócritas, no vivían tranquilos sabiendo que Cristo suponía un negocio que se traduciría en mucho dinero. Y claro, no estaban dispuestos a dejar escapar tan preciosa oportunidad.

Cristo, confiado, ni se imaginaba que todo era una bien urdida trampa.

Se inicia la jugada: Judas inmediatamente se dirige a Cristo. Una vez ante él, besa su mejilla derecha. Todos quedan atónitos de ver cómo Cristo se deja besar sin oponerse, sin ofrecer la más mínima resistencia.

Dalila y Pedro, se aseguran que el resto de los presentes pensaran cualquier cosa que no fuera buen, ya que Judas gozaba en el barrio de ser una persona nada recomendable. Pero, al ver que el muchacho seguía impoluto, decidieron tentarlo ofreciéndole ser el protagonista, sin embargo, Cristo no parecía tener ningún apego al protagonismo y carecía totalmente de envidia.

Pedro y Dalila, sobre la marcha, se consideraban hábiles para la maldad, pusieron en práctica un plan alternativo. Sabiendo el gran interés de Cristo por la Casa de Tacande le dieron la orden de que se dirigiera, él solo, hasta allí y que sin falta estuviera al inicio de la madrugada, que unos minutos pasados de la media noche querían hacer una importante grabación. El propósito, sin embargo, era dejarlo allí abandonado para, como si fuera una de esas estúpidas bromas, reírse luego de él y ridiculizarlo; enseñarle con esta lección lo inútil que resulta la credulidad y despertar en el muchacho alguna reacción violenta.

Los otros muchachos que se presentaron al casting eran totalmente ajenos a lo que estaba ocurriendo y no le daban mayor importancia a los cambios de planes, para ellos Cristo no dejaba de ser un chico cuyo único deseo era no ser igual a los demás, mantener su propia personalidad.

Dalila también se ocupó de que este despiste de los muchachos estuviera bien abonado y los invitó a una

cena en una taberna donde la nota más destacada era los gritos con los que se expresaban los clientes. Una banda de brutos que hablaban con voces de alcohol; una buena escuela para el aprendizaje de la violencia y las malas maneras. Allí se criticaban, se apuñalaban mientras sonreían y se vendían unos a otros. Un buen retrato del fracaso de ser humano como colectivo. Cualquier civilización en sus manos un santiamén.

Pero también debemos mirar las cosas con el justo y necesario detenimiento, y no todos aquellos congregados tenían el alma tan dura como una roca. Según pasaba el tiempo Pedro pensaba en el chico, de alguna manera le recordía la conciencia. ¿Que podría ser de aquel crédulo muchacho al que habían vacilado?, pensaba.

-Podría estar pasando frío y penurias, se atrevió a decirle a Dalila.

Las horas pasaban en la Casa de Tacande y Cristo ya daba por entendido que estaba siendo víctima de una auténtica mentira. Nadie aparece por allí, está cansado de esperar, sin fuerzas y muerto de frío.

¿Qué he hecho, Dios, para ser tan infeliz?, piensa. Ahora mismo se dejaría felizmente morir.

Dentro de la casa, asomada por uno de los cristales de aquellas antiguas ventanas, Esmeralda, reconoce en él al mismo muchacho que estuvo hace tres días por allí y que despertó en ella una cierta admiración. La ventaja de ser un espíritu es que logra darse cuenta de toda la situación ocurrida con el chico, y observa que carece de deseos para seguir viviendo. Apiadándose de él por encontrar tanta similitud con su propia historia, decide ayudarlo; tal vez, también, porque el muchacho provocó en ella hermosas y agradables sensaciones.

¡No puedo dejar que acabe con su vida! tengo que de-

volverle las ganas de vivir.

Esmeralda aparece delante de sus ojos, los mismos ojos que han presenciado la muerte y resurrección hace ya más de dos mil años. Unos ojos capaces de detectar, quién es merecedor del Reino de los Cielos.

En aquel preciso momento comienza a cambiar el destino que Dios había puesto en Cristo. Esmeralda no podía entrar en el Reino de los Cielos y menos aún hablar con Cristo, debido a la sencilla razón de que Esmeralda compartía los mismos intereses y aficiones que Cristo y, si se enamoraban, dejaban a Dios y su proceder en evidencia.

Entonces Dios para evitar semejante situación despertó en Pedro el sentido de la culpa y provocó que éste decidiera acudir a la Casa de Tacande en auxilio del muchacho.

Solo Cristo era capaz de ver a Esmeralda y a la pregunta de la muchacha acerca de qué hacía allí y por qué no abandonaba tan inhóspito y terrible lugar, contestó desganado:

-No. No quiero ir a ninguna parte, aquí me encuentro a gusto y, además, estoy cansado de todo. No encuentro ya ningún sentido ni aliciente por los que vivir.

- ¿Cómo?, ¿no te entusiasma vivir, con lo bonita que es la vida?

-¿Bonita?

Esmeralda, a ver que el chico no tiene pensado marcharse, le invita a pasar a la antigua casa. Cristo no solo la puede ver, puede escuchar su dulce voz, asirse a su mano, sentir su delicada piel. Él parece no tener conciencia de que ella es un espíritu y accede a entrar al interior de la casa.

La muchacha, dentro de su casa, saca a reflejar todo

su brillo y cobra mayor luz su semblante, más alegría su mirada. Inicia, delicada, uno de los bailes que aprendiera de su querida madre, invitando a Cristo a que le siguiera los pasos.

Esmeralda se siente atraída por el joven, le mira dulcemente y le alza su mano. Sus miradas se unen y comienzan a bailar suavemente, un largo, eterno baile, pues ninguno de los dos quiere arribar a su final. Hay magia en el aire y aquella derruida casa, impregnada de humedad, tiene ahora más esplendor que el más iluminado de los palacios. Los jóvenes se miran y sus ojos han encontrado un camino para seguir viviendo, para estar vivos.

En la ruidosa taberna, Pedro, herido ya por el mensaje de Dios, bien despierta su conciencia, discute con Dalila y hace gala de su arrepentimiento.

-¡Voy a buscarlo!, dice tácitamente, no dando a Dalila oportunidad de convencerlo de lo contrario.

-A mi me da igual que ese imbécil sea bueno o no, yo solo quiero enriquecerme. Y tú, Pedro, sabrás que es un riesgo que el muchacho pueda darse cuenta de que es bueno y no tonto. Hemos invertido dinero, que aún debemos, en esta empresa.

-Pues yo estoy arrepentido de todo, y me da igual tener que devolver el dinero a Eucariote.

Pedro se dirige en su coche hacia la Casa de Tacande, Dalila, harta de escuchar a su fiel aliado y bajo el temor de perder su confianza, decide acompañarlo hacia aquel oscuro lugar.

Cuando llegan allí, se quedan estupefactos ven a Cristo dando vueltas sonriente. Gira y gira alegremente.

-Ves, Pedro, te dije que a estas alturas ya estaría loco, como todos los demás a los que les hemos hecho esto; Él

no es diferente, ni especial

-¿Qué te sucede, Cristo?, le pregunta Pedro mientras lo agarra del brazo.

-Bailo con Esmeralda, por primera vez he encontrado un sentido, por el que vivir.

-Pedro, ivámonos de aquí, este tío está totalmente chiflado!

Pedro parece que comienza a reflexionar y decide irse tras Dalila, tal vez ella tenía razón y él se había equivocado con el muchacho.

¿Y si estuviera totalmente loco? ¿No sería imprudente y peligroso dejarlo aquí?, piensa Pedro y decide obligar a Cristo a entrar en el coche. No podía dejarlo solo, se sentía responsable de la situación y quería enmendarla.

A Esmeralda lo que sucedía no le estaba gustando nada, no quería perder al muchacho, menos ahora que ha comenzado a vislumbrar, igual que el chico, algo por lo que merece la pena sentirse viva. Quería vivir para siempre con aquel muchacho que tanto le gustaba y con el que había intimado. Tenía la sensación de conocerlo de toda la vida.

Entonces, la niña, pasa a los hechos y, entre empujones, por parte de Pedro hacia Cristo, consigue transmitirle el mensaje de que en la casa hay enterrado un cofre cargado de riqueza. Se trata del cofre donde el padre había escondido el fruto de la venta de sus bienes: dieciséis pesados lingotes de oro. Le dice a Cristo que le proponga a Pedro y Dalila desenterrarlo.

-¡Espera!, Pedro, si realmente estoy loco y digo mentira o me invento historias, te voy a dar una prueba de que no es así: debajo de la puerta, escarbando medio metro, podéis encontrar un cofre lleno de oro.

Pedro y Dalila, se miran desconcertados, ¿qué está di-

ciendo este muchacho? ¡Está realmente loco! ¿Y si dice la verdad?

Dalila, que es codiciosa pero realista no sabe cómo actuar. Mientras que Pedro, lo tiene claro.

-Hay que cavar y así saldremos de dudas.

Mientras Pedro agarra al muchacho, Dalila comienza a cavar y, tras un buen rato, no encuentra absolutamente nada.

-Ya está bien Pedro, estoy cansada de todo esto. Quiero marcharme y dejar a este loco aquí que se muera solo si es su deseo. Se lo merece, por sus fantasías y por sus esperanzas de cambiar algo que siempre ha sido igual. Y lo peor, por causar en nosotros el mismo animo. ¿No te das cuenta que si seguimos con este tema y este muchacho, vamos a terminar igual que él?

Pedro, en ese instante, dudó y se planteó lo que allí estaba ocurriendo. Cabizbajo se dirigió hacia Dalila que ya iniciaba los pasos para salir de todo aquel absurdo.

-Lo siento Cristo, quizá no tuve que haberte hecho nunca caso, alcanzó a decir Pedro, al tiempo que Dalila, enfurecida, lanzó al aire la rudimentaria pala con que había hecho la inútil excavación, mientras gritaba ¡A la mierda, Cristo! La pala, que describió en el aire una elegante ese, brilló bajo la luz de la luna para caer luego en picado, justo sobre el escondite que había realizado el padre de Esmeralda. Sonó el golpe seco y hueco, como un tambor, y ellos supieron que allí había algo más que tierra.

Inmediatamente se dirigen al sitio y cavan ansiosos. ¡Es cierto, aquí hay un viejo cofre!



## VIERNES SANTO LA PASIÓN Y LA MUERTE DE CRISTO

Ocho menos cinco de la mañana, suena interrumpidamente el ring del teléfono. Cristo abre lentamente sus ojos y alcanza a ver la hora que marca el despertador. Un poco perplejo, sin recordar absolutamente nada y aún somnoliento se levanta de la cama para ir hasta la mesilla del teléfono. Se pregunta quién podría estar llamando un día como el Viernes Santo, acostumbrado a recibir solo llamadas comerciales no se explicaba quién estaría trabajando semejante día.

-¡Buenos días señor Cristo! ¿Cómo amanece usted esta mañana?

-Buenos días señor director, qué requiere mí, un día de fiesta como el de hoy, por favor tenga compasión, aunque carezca de vergüenza.

-Bueno señor Cristo, el motivo de nuestra llamada, no es otro que el de informarle de la aparición, en su cuenta corriente, de la friolera cantidad de tres millones de euros, donados por doña Dalila, señora con la que, me han contactado, usted compartió la noche, y ella misma cuenta que mientras caminaban juntos encontraron dicha suma de dinero en lingotes de oro. Así que, señor Cristo, verá, es usted, perdone por la licencia, asquerosamente rico y me estaba preguntando, si usted querría pasar por esta humilde sucursal para saludarlo, pues como bien sabe, esta casa siempre le ha mantenido todas las puertas abiertas. Y, por supuesto si me permite, invitarle a un brindis en el que juntos podamos tomar unas copas y negociar la manera de cómo pone usted su dinero en las mejores manos, o sea las nuestras; las mías y las de mis oficinistas que siempre entendimos su peculiar manera de ser.

Las palabras tan amables que le dirige el director le parecen muy extrañas después de haberle dicho de todo pocos días antes en su visita al banco.

No obstante Cristo estuvo de acuerdo con su invitación y le prometió pasarse por la oficina.

-Gracias muchacho, sabía que lo entenderías.

Cristo no quiso darle demasiadas vueltas al tema, al fin y al cabo tenía que hacer algo con todo aquel dinero. Se aseó rápidamente y comió algo ligero para desayunar y, abriendo la humilde puerta de su hogar salió a la calle

De camino al banco, todo el pueblo ya estaba enterado de lo sucedido y toda aquella maraña de malandrines se deshizo en saludos y alabanzas hacia Cristo. Los chicos, a primeras horas del día, ya se habían enterado del afortunado hallazgo del que no se paraba de hablar en todo el pueblo.

Cristo, nuevamente, mostraba cara de sorpresa. De sentirse el muchacho más despreciado en el pueblo ha pasado, de pronto, a ser todo lo contrario y bien parecía que tuviese el mismo poder que un Dios.

Ahora todos querían su amistad, lo saludaban y lo alababan como si fuera la persona más grande sobre la Tierra. Cristo aceptó sin más los comentarios loables hacia su persona. Los extrañaba pero no le daba importancia alguna, como era usual en su comportamiento.

A la llegada al banco vio como las dos oficinistas, antes tan serias y distantes, se apresuraban a darles la bienvenida, extendieron una reluciente alfombra roja a sus pies y cogiéndolo de las manos le declaraban todo tipo de intenciones, amorosas, extrañas y escalofrantes. Se desvivían por llamar su atención, buscando algún beneficio.

Cristo no daba crédito a lo que veían sus ojos: al final de la alfombra lo esperaba el señor director general con las llaves en mano del maravilloso cochazo descapotable de tres puertas que había visto aparcado en la acera de la sucursal.

Allí estaban todos dándole la bienvenida al joven muchacho con las botellas de cava y las copas en mano. Querían celebrar con Cristo que hubiese aceptado ingresar su fortuna en la sucursal. Brindaban al son de la música de fondo que habían escogido para la maravillosa ocasión. Esperaban que Cristo se sintiese como en la gloria. Los hombres le estrechaban la mano, le daban adadoras palmaditas en los hombros y le propinaban besos muy suaves en las mejillas. Cualquier cariñoso gesto era bueno para agradar al joven.

Después de la merecida celebración el señor director va directo a su despacho donde le pide lisonjero a Cristo que pase con él para tratar el importante asunto. Allí, los dos sentados y acomodados charlan animadamente sobre el tema del dinero.

-Bien señor director acepto su propuesta. Depositaré el dinero en esta sucursal.

-Hace usted una buena elección señor Cristo, idónde estará mejor su dinero que aquí con nosotros, descuide que velaremos por sus intereses y verá como no se arrepentirá!

-Eso espero, dijo escuetamente mientras pensaba si no sería mejor renunciar a toda aquella hipocresía en que le había envuelto el dinero.

De camino a la casa suena el manos libres del flamante deportivo negro, era Dalila entusiasmada hasta el delirio.

-Hola Cristo, ¿has recibido el dinero correspondiente

al hallazgo de anoche?

-Sí, me lo han ingresado en cuenta.

-Pedro y yo hemos pensado en organizar una macro fiesta para celebrar lo sucedido. Será a las 9:30h de la noche en mi nueva y preciosa casa, ¿qué te parece?

-Bueno, me parece bien, asistiré.

Cristo circula con su flamante coche. Quitaba la capota, quiere sentir el aire en el rostro y ver el cielo sobre su cabeza. Deseaba llegar a su pequeña casa para organizar un poco sus cosas y estar descansado para asistir a la fiesta de Dalila.

Nueve menos cinco, Argual. Quedan tres horas para la crucifixión del muchacho.

Perfectamente arreglado para la ocasión decide salir para llegar puntual al evento organizado por Dalila y Pedro. (No le gusta hacerse esperar).

A la llegada, con su veloz coche a aquella gran mansión propiedad de Dalila que adquirió ese mismo día con el oro encontrado en la casa, observa que un buen número de chicas se agolpaban a la entrada, ansiosas por verlo llegar. Cuando vieron acercarse el coche corrieron hasta rodearlo, empujándose por ser la que más pegada quedara a la puerta y abrazarlo nada más salir, pero el muchacho logró pronto despistarlas y colarse en el jardín de la mansión. Desde el interior brotaban la música y las voces. Cristo entra sin necesidad de llamar pues las puertas que dan al jardín están entreabiertas. Dentro descubre una multitud de gente, a la mayoría de ellos jamás los había visto.

Entre todo ese gentío está Dalila, la verdad que en un estado un tanto pasado. Por su cuerpo debe estar corriendo más alcohol y otras sustancias que sangre. Bebe sin contención mientras toquetea y besa a una de las chi-

cas que tiene a su lado. En el mismo estado de descontrol está Pedro, imitando a Dalila, besa y manosea a los chicos y a las chicas de su alrededor.

Cristo permanece indiferente con una copa en la mano, mientras multitud de hembras se le ofrecen para procrear. La peste del alcohol, el humo del tabaco y las drogas dejan medio atónito a Cristo, hasta el punto de tener que sentarse, en un estado algo desconcertado, en uno de los sofás. Varias chicas se le acercan y comienzan a manosearlo y acariciarlo por todas partes. Se siente tan ajeno que no puede reaccionar, permanece quieto, desconcertado por toda la situación, mientras el resto se dedica a ingerir todo tipo de sustancias dañinas para su organismo.

Dalila y Pedro acaban desnudándose y practicando una bestial orgía, entrelazados con un sin número de chicos y chicas. Cada rincón de la casa es puro vicio. Drogas, alcohol y sexo duro. Todo un descontrol que pueda traerá fatídicas consecuencias. Sexo sin control, sin la mínima protección, con todo tipo de personas; drogas, alcohol, en definitiva, un autentico caos para la humanidad. Digamos, queridos amigos, que en aquel lugar se concentró vicios caros, emanados de los desperdicios de nuestra una sociedad.

El hijo de Dios, al ver todo aquello, que no coincide con su inocencia, no logra entender nada, tal vez ni quiera entenderlo. Sencillamente opta por dar la vuelta, volver por donde vino, tenía otras preocupaciones más importantes que las de estar pendiente de las perdiciones de la humanidad. Lo que a Cristo realmente le preocupaba era su amiga Esmeralda. Y, como todo caballero que se precie, se subió de nuevo a su novísimo coche y se dirigió sin más hacia la casa donde se alojaba su hermosa

enamorada.

En el cielo, los ángeles celestiales comunican a Dios que su único hijo, que en ese momento se encontraba en la Tierra, se dirigía hacia la Casa de Tacande donde estaba la niña.

Como Dios ya tenía claro la incapacidad del ser humano para regenerarse, había decidido acabar con su creación para evitar más errores. En este sentido y buscando tal fin ordena a los ángeles que envíen un diluvio tormentoso que evite que Cristo llegue hasta la niña

Para Dios Padre aquello era bien sencillo, aunque era la primera vez que decidía una orden más propia del infierno que de él mismo, como era semejante cataclismo. Ese, evidentemente, era el oficio y las ocupaciones del demonio.

Dios estaba harto de tanta mentira, cansado de la desidia de los humanos.

Por eso dio esa orden tan atroz ya que entendía que la niña y Cristo no podían volver a verse de nuevo. Temía que su hijo se dejara atrapar con tonterías como el amor y no acabara el trabajo que tenía previsto con la tercera guerra mundial.

El Todo Poderoso Señor estaba furioso consigo mismo, imaginaos como os sentiríais vosotros si una humanidad, como la que creó el señor, acabara con su único hijo crucificándolo, como ocurrió hace poco más de dos mil años.

Y ahora que lo envía para indicar a la humanidad que no ha aprendido nada durante el paso del tiempo, se da cuenta que entre los hombres, entre los humanos, su magnífica creación, no hay uno solo que merezca ser salvado.

Él quiere llevarse a su niño, como le gusta llamarlo.

Pero su hijo, Cristo, no comparte el mismo juicio ni sentencia de su padre. Para Cristo, el salvador, todo ha de moverse por amor. El amor es el motor de la humanidad y de la relación entre Dios y sus hijos. Cristo ama a Esmeralda y, pese a la dureza de la tormenta enviada por el ángel celestial de Dios, ésta no puede evitar que él llegue hasta Tacande. El amor todo lo puede.

Una vez allí baja del coche y se dirige a la casa.

Esmeralda al verlo no da crédito. Era Cristo, su ser más querido. Un hombre que no solo es capaz de morir por amor sino que ya había muerto por amor hace más de dos mil años. Para Esmeralda, Cristo era un Dios. No solo porque fuera hijo del Creador sino porque veía en él a su salvador, el primer hombre que la había entendido. Al llegar Cristo, Esmeralda se le acerca y atónita le habla mientras deposita un beso en la mejilla derecha.

-Ya estás aquí de nuevo, le dice mientras, feliz, sonrío con suavidad.

-Sí, Esmeralda, estoy aquí de nuevo.

-No me digas, ya sé, se te agotó el dinero y vienes solo a preguntarme dónde encontrar más.

En ese mismo momento, Dios toma el mando de las represalias ante el fracaso del ángel, y envía un tremendo rayo, superando a todos los que había enviado el infierno a lo largo de su existencia, que cayó sobre un árbol a escasos metros de donde se encontraban los muchachos que, asustados, corren y se guarecen bajo el viejo tejado de la casa.

-¿A qué vienes, Cristo?, yo soy un espíritu, rechazado por tu padre. No es este un lugar para un chico como tú, le dice Esmeralda, cuando están a cubierto.

-¿Y cuál es mi lugar adecuado, según tú? ¿El lugar del que vengo en estos momentos? Nosotros jamás he-

mos entendido por qué nos han tratado de una manera tan incomprensible, tan ajena al cariño. Ahora yo no entiendo porqué, desde lo del oro, parezco distinto para los demás, especialmente para aquellos que tan mal me han tratado. Ahora, para ellos, soy otro, cuando yo siempre me he sentido igual.

-Cristo, ¿qué quieres exactamente de mí?, pregunta Esmeralda cansada y sin entender del todo lo que el muchacho trataba de decirle.

-Que no seas como todos, que nunca cambies.

Esmeralda, en ese mismo momento, sin mediar palabra, se abalanza sobre el muchacho, con tal ímpetu que caen los dos al suelo. Cristo, impasible, no entiende nada. El Todo Poderoso Dios sí entendía perfectamente lo que estaba pasando. Su ejemplar hijo estaba pecando y, para mayor falta, con una muchacha a la que sobrepasaba en veinte años.

Cristo moría de felicidad, agarradito a su preciada y espiritual novia, sintiéndose, nunca mejor dicho, en la gloria. A Dios se le desvanecía su reinado, en unos segundos.

## SÁBADO Y DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Dios, después de lo de Esmeralda se encuentra con un nuevo suplicio.

Una vez Cristo muerto, ordena a sus ángeles que impidan la tercera guerra mundial, pues quedaban escasos segundos para que se produjera, y que vayan a la búsqueda de los muchachos para que se reúnan con él a las Puertas del Cielo.

Estuvo Dios tentado de elegir entre quedarse con Cristo y toda la humanidad pecadora o quedarse solo



con los ángeles, que nunca pecaban ni lo contradecían. Tentado de castigar a su hijo, pues lo consideraba contaminado por el pecado. Sin embargo, le pudo más la sensatez y el amor por su hijo. Él no podía castigar a aquellos que eran su obra. Nada menos que el fruto de su perfección... o de su imperfección, pues muchos de sus conflictos los ha tenido por pensar como varón y no como lo haría una mujer.

Entendió Dios, pues, que lo más justo era declinarse por perdonar a todo el mundo, incluso a los vivos, pese a sus imperfecciones, pese a sus faltas. Pero, antes de todo eso, quiso hablar con los muchachos.

Esmeralda, mientras esperaban en las puertas del cielo le contaba a Cristo todo lo pasado con anterioridad.

-Hijos míos, ¿qué me habéis hecho?, eráis de toda la humanidad mis hijos predilectos sin defectos, como yo.

Cristo y Esmeralda no articulaban palabras, se mantuvieron firmes, sin arrepentirse de su encuentro y felicidad.

Dios al ver que los muchachos estaban seguros de sus actos y queriendo hacer justicia a Esmeralda le dijo:

-Pequeña, reconozco que contigo cometí algunos errores, como fue el no enviarte un ángel cuando realmente lo necesitabas. Para enmendar esta equivocación, pues nunca debí dejarte morir sola y embargada por la tristeza y el dolor, te devuelvo a Tacande en cuerpo y alma para que hagas una vida plena en la que puedas merecer como realmente te mereces.

Mientras que contigo, Cristo, debo hablar seriamente.

Esmeralda, sin más, aparece en cuerpo y alma en su Casa de Tacande, la niña extrañadísima porque esta vez siente la presencia de su cuerpo, su mismo cuerpo de la antigüedad ahora arrobado por las hermosas sensaciones

del amor.

-¿Que quieres de mí, Padre?, pregunta Cristo.

-¿Te parece poco lo que me has hecho?, Ahora, gracias a este confuso ajeteo, estamos condenados a esta extraña situación, cuando podíamos a estas alturas estar los dos bien avenidos y reinando.

-No es culpa mía, ni de nadie, cuando me vine a dar cuenta estábamos uno encima del otro y ninguno de los dos queríamos evitar sentirnos atraídos por la felicidad de ese abrazo que era como de fuego, que hizo acelerar nuestra sangre y que hacía palpar al unísono nuestro corazón. La quiero padre, le dice el chico, con un tono de voz que delataba la pena que sentía al no estar con Esmeralda.

-¡El amor en los hombres tiene la medida de un suspiro, pronto se desvanece!, habló Dios como a través de un trueno. Pero lo que no entiendo es cómo tú, hijo mío, pudiste caer en semejante vanidad. Me has fallado, hijo mío

-Lo siento mucho, Padre, dijo Cristo y bajando la cabeza comienza a llorar. Era la primera vez que Cristo lloraba.

Esmeralda no tardó en darse cuenta de que Cristo no estaba allí con ella. Al principio no le dio importancia, pero según iban pasando las horas empezaba a echarlo de menos. Se sentía con derecho a ser feliz.

Al instante, Esmeralda, oye a una muchacha llorar, se acerca a la ventana y comprueba que se trata de María Magdalena, a la que Pedro le había dicho en la fiesta donde quizá podía encontrar a Cristo. Y, efectivamente, había encontrado el cuerpo de Cristo desvanecido en el suelo tal como lo había dejado Esmeralda.

-Cristo, perdóname por no haber aprendido nunca a

amar de verdad. Mi defecto ha sido no tener la valentía de morir por amor como tú, seguramente, lo habrás hecho. ¡Cristo, por Dios, perdóname!

Dios que todo lo ve y todo lo sabe, escucha en el Reino de los Cielos las súplicas de la joven y, viendo que el arrepentimiento es en ella sincero, la perdona.

Mientras tanto, la niña se da cuenta de lo sucedido y sin esperar ni un solo segundo, cuando María Magdalena se marchó a denunciar el hallazgo del cadáver de Cristo, coge el cuerpo y lo esconde junto a ella bajo un frondoso y oculto pino. Allí, abrazada al cuerpo sin vida de su amado, lloró con un murmullo que apenas rompía el silencio.

Para Dios todo se estaba volviendo a complicar, hasta el punto de no entender nada, por un lado tenía el espíritu de su hijo llorando, por primera vez en su casa y por otro, la niña también llorando, abrazada al cuerpo de su hijo.

En ese mismo momento llegan a la Casa de Tacande, Dalila, Pedro y María Magdalena.

-¡Os aseguro que Cristo estaba aquí muerto!

-Magdalena, pese al respeto que te tengo creo, sinceramente, que estás loca.

-No estoy loca, ¡juro, por lo más sagrado, que su cuerpo estaba aquí!

-Dalila, ¿otra vez con esa traquina de que todos están locos?, interviene Pedro, y tú, María, ese chico era un enviado de Dios y os aseguro que ahora mismo se encuentra en cuerpo y alma junto a él, su padre.

Entonces, a Pedro, se le ocurre, con el consentimiento de las dos muchachas, predicar por todo el mundo las hazañas del chico, utilizando para tal fin una selección de cortos de cine con los que ilustrar fácil y entendible-

mente el comportamiento de Cristo y la maravillosa idea de imitarlo como modelo para una sociedad mejor y más justa.

Los muchachos se marchan dispuestos a predicar la palabra de Dios y a explicar cómo Cristo vuelve, una vez más, a salvar de la muerte y de la perdición a todos los humanos.

Allí, detrás de una vieja pared, amparados por la frondosa oscuridad del pino, seguían dos cuerpos, el del muchacho y el de la niña.

Esmeralda tenía muy claro que quería morir por la causa de Cristo, que no era otra que la de morir como él lo hizo: morir amando.

Dios Padre no tardó en darse cuenta de cuanto allí pasaba y eso le exigía tomar nuevas decisiones. Ya no bastaba perdonar a toda la humanidad dándole cobijo en su reino, también tendría que asumir la pérdida de su hijo.

La niña se agarró con mayor fuerza que nunca al cuerpo de Cristo.

-Ya esta Señor, llévame contigo, exclamaba la chica, con un deseo gozoso en su alma.

Y, tanto fue el calor de esa entrega de la niña, que Cristo, abriendo levemente los ojos, le dice muy bajito al oído:

-¿Adónde quieres que te lleve, Esmeralda?

La niña no podía contener las lágrimas. El milagro de Dios, el más inmenso de todos, era comprender que los muchachos estaban destinados a vivir juntos una vida plena. El milagro era, también, aceptar que su hijo tenía derecho a una vida como hombre. El amor de Esmeralda había resucitado al chico, lo había atraído al mundo de los humanos y Dios Padre no podía permitir que acabase

un amor tan puro como el que se profesaban.

Desde aquella vieja y enigmática casa de Tacande, donde por primera vez sus miradas se cruzaron, la nueva pareja nacida al amor, inició sus pasos por el mundo, felices y conscientes de tenerse el uno al otro.

Y así, queridos amigos, termina esta linda crónica que os cuento y que sucedía en mi pueblo. Solo me gustaría que entendieran el mensaje que estos dos muchachos nos entregan y que a mí me parece digno de imitar:

La vida se vive solo una vez y, por tanto, no podemos permitir que otros la vivan por nosotros, indicándonos qué debemos hacer y cómo vivirla. Debemos vivir libres, sin sometimientos, actuando cada momento como pensamos y tomando siempre la decisión que consideramos más justa. Yo, personalmente, pienso que los chicos, cuando decidieron morir, lo hicieron como un ejercicio de libertad, enseñándonos que incluso las decisiones extremas han de tomarse libremente.

Y allá, en el Reino de los Cielos, el Creador también era consciente de la lección que le habían dado los dos jóvenes. Y pensaba si no habrá sido la suficientemente inteligente para darse cuenta que a lo largo de la historia la humanidad ha estado necesitada de la intervención de la mujer. Ahora entendía que la sensibilidad de la mujer para tratar todos los aspectos y asuntos de la vida era tal vez lo más adecuado para salvaguardar todo el patrimonio que envolvía, natural y culturalmente, al ser humano. Con el juicio y la mesura de la mujer, pensaba Dios, quizá se hubieran evitado muchas matanzas, incendios, talas desmesuradas de los bosques, la extinción de muchos seres... Y se confesaba culpable de los daños a Esmeralda por no haber intervenido a favor de su inocencia... “tal vez he pensado como hombre, como varón, y

me he dejado arrastrar por esa condición insolidaria que el tiempo ha ido dejando caer como una lluvia de polvo sobre nuestra alma. Ha de ser justo que hombre y mujer compartan las mismas responsabilidades y derechos, sin que se les distinga por sus pensamientos o por el color de su piel, pues solo así habrá armonía entre ellos y habrá una relación justa y equilibrada con el resto de los seres que pueblan la Tierra”.

FIN







